

# El Papa y los jóvenes

*Mons. Renato Boccardo*

**L**a reflexión del Papa acerca del mundo juvenil surge de una pregunta fundamental: ¿cómo son los jóvenes de hoy y qué buscan? Juan Pablo II nos conduce inmediatamente al corazón del problema. «Se podría decir —afirma— que son los de siempre. Hay algo en el hombre que no experimenta cambios, como ha recordado el Concilio en la *Gaudium et Spes* (n. 10). Esto queda confirmado en la juventud quizá más que en otras edades. Sin embargo, esto no quita que los jóvenes de hoy sean distintos de los que los han precedido».

En efecto, el fenómeno juvenil hoy es sumamente variado y polivalente. No todos los jóvenes son iguales; diferentes condiciones e historias se entremezclan en las realidades juveniles hasta el punto de hacerlas muy esfumadas o genéricas, para quien quisiera interpretarlas con una sola mirada, sin tomarse el trabajo de analizar las diferencias.

A veces, para leer bien, antes de concentrarse en lo específico del «texto», es necesario dedicar una atención apasionada al «contexto». ¿En qué contexto, entonces, se encuentra la propuesta de la experiencia de la fe dirigida al joven de hoy? ¿Con qué formas de libertad se encuentran estos mensajes? ¿Quién es el interlocutor? ¿Qué lengua habla? ¿Cuáles son sus temores y experiencias? De alguna manera, ¿puede lograrse que sean más receptivos a la fe a través de una determinación antecedente de lenguajes y experiencias interiores?

## Interpretación del mundo

Ciertamente la concepción actual del mundo y de la vida de los hombres no es unívoca. La exasperación de la subjetividad individual, la extraordinaria difusión de las noticias, la exhibición caprichosa de los comportamientos, la proliferación de agencias especializadas en la creación de costumbres y valores, hacen que el joven se encuentre inmediatamente cercano al espíritu de su época, pero al mismo tiempo lo vuelven fácilmente propenso a la confusión, y muy vulnerable en medio del conflicto de las interpretaciones. Especialmente los jóvenes, más que las personas de otras edades, son fáciles y exuberantes consumidores de la *interpretación parcial*. En consecuencia, podría surgir con fatiga, pero también con nueva intensidad, la cuestión del sentido, y más específicamente como interrogante acerca del *significado del todo*, y no sólo como interpretación del fragmento.

Esta búsqueda, con frecuencia no crítica, ni verbalizada, o totalmente inconsciente, se abre a respuestas muy diferentes y a veces también contrapuestas. Puede haber búsqueda sincera, costumbre, remoción, desilusión, adhesión más convencida, afirmación emotiva totalizadora, interrogante crítico que vacía, resignación, indiferencia, olvido y demás formas. Con frecuencia el joven casi-creyente reacciona ante la interpretación fragmentaria, quizá sin darse cuenta, e invoca una ayuda para salir de la confusión, demanda instrumentos para aprender a pensar, busca la comunicación profunda y pide una interpretación del mundo más sólida.

El joven advierte la necesidad de clarificar y siente la existencia de una certeza más profunda. Certeza que no debe entenderse sólo como una modalidad del hecho de comprender, sino que debe reconocerse también en la búsqueda exasperada de una cierta satisfacción de la existencia.

Sin embargo, esta nueva necesidad de tener certeza debe interpretarse y controlarse en sus respuestas, que podrían determinarse al menos en dos direcciones: o como meta de una búsqueda personal auténtica, crítica y paciente; o como llegada demasiado fácil, acrítica y tranquilizante, típica de quien no logra afrontar los problemas en su complejidad y se predispone fácilmente a dejarse capturar por modelos integristas. Pero todos estos datos indican siempre la necesidad de responder al problema del sentido del todo con una concepción del mundo y de la historia que supere lo fragmentario de la cotidianidad y permita una determinación sólida de la totalidad de la existencia en la fe. «¿Qué es la juventud? —se pregunta el Papa—. No es solamente —responde— un período de la vida correspondiente a un determinado número de años, sino que es, a la vez, un tiempo dado por la Providencia a cada hombre, tiempo que se le ha dado como tarea, durante la cual busca, como el joven del Evangelio, la respuesta a los interrogantes fundamentales».

### **La plenitud de la experiencia humana**

Ante la propuesta de la fe los jóvenes manifiestan inmediatamente una exigencia preliminar: sienten la necesidad de advertir que la experiencia de la fe es una promoción auténtica de su experiencia humana. Sólo es creíble el ser cristiano en la medida en que valora y lleva a la plenitud su propia humanidad. El lugar fundamental en que esto se verifica es, ante todo, en la dinámica de las relaciones humanas. Sólo dentro de verdaderas relaciones con las personas la palabra del evangelio es escuchada y hecha creíble, sobre todo por parte de sujetos que evalúan su identidad y el valor de las afirmaciones en un contexto de incipiente y deseada expresividad. Dicho de otro modo, podríamos afirmar que a un joven le costará trabajo abandonarse a la fe si en una comunidad no ve realizarse concretamente sus justas y primarias exigencias de relación interpersonal. La

experiencia de la fe debe presentarse verdaderamente como convincente dimensión de salvación, y a través de la cercanía de los hermanos se hará capaz de interpretar y dar respuestas a los problemas evidentes, como el estudio, el trabajo, el amor, la soledad, la frustración y la no aceptación de sí mismo.

Preparar a los jóvenes para la aceptación de la fe, como lo recuerda insistentemente el Papa, significa ante todo interesarse por el contexto humano en el que el Evangelio es anunciado. Muchos jóvenes no siguen su itinerario de fe porque suelen darse cuenta de las carencias de algunas situaciones eclesiales. Muchas veces, sin que nadie tenga la responsabilidad, hay configuraciones comunitarias que no resultan convincentes para la intensa afectividad de los jóvenes o para su inteligencia vivaz. La necesidad de las relaciones es más fuerte, y resulta triunfante con respecto a toda forma de imperativo ético. Para el Papa resulta obvio que el problema esencial de la juventud es profundamente personal. La juventud es el período de la personalización de la vida humana.

Todo esto obliga a los agentes pastorales a interrogarse acerca del *nivel de humanización* de nuestras instituciones educativas. A veces las motivaciones resultan demasiado teóricas y las experiencias muy débiles para que la fe eclesial sea acogida como experiencia privilegiada para expresar los aspectos más profundamente humanos. Existen algunas condiciones que deben verificarse con mucha atención para descubrir si son favorables a la aceptación de la fe: ¿cuáles son las leyes psicológicas que están en juego en un grupo juvenil? ¿Cómo se favorece la calidad de las relaciones? El número de los participantes ¿promueve la unión o la desalienta? ¿Existen suficientes contenidos serios, instrumentos y lenguajes diversificados de confrontación profunda? ¿Cuál es el nivel de credibilidad y participación que debe suscitar el educador? La determinación de todas estas condiciones previas

ciertamente puede decir algo acerca de una posible predisposición a la fe.

También puede suceder que la ilusión de una plenitud humana se reconozca en otro lugar, en grupos en los que las necesidades primarias son satisfechas inmediatamente con menor esfuerzo y de modo más desordenado. No importa si se trata de una aparente plenitud de breve duración, tendente más a favorecer los motivos de carencia de una personalidad más que los motivos de desarrollo. Ciertamente estas soluciones se presentan a los jóvenes momentáneamente como más cautivadoras, incluso porque generalmente exigen menor responsabilidad. En no pocas ocasiones se trata de agencias de espectáculo y de consumo que no se preocupan de trabajar con sus usuarios durante mucho tiempo. Y suele suceder que la sintonía afectiva sea más sensible a este tipo de atracciones.

La proposición de una experiencia de fe para los más jóvenes no puede dejar de tomarse muy en serio estos presupuestos de contextualización humana, como un buen terreno donde cae la Palabra, y gracias a la cual, a su vez, se vuelve más fecundo aún.

Si la existencia juvenil llega en un contexto fragmentario, es fácil ver cómo favorece un sentido de precariedad e incertidumbre que se determina frecuentemente bajo las diversas formas del temor. Por temor se hacen tantas cosas en la vida, pero también es verdad que precisamente por temor cuesta abandonarse a certezas definitivas y totalizantes. La hipótesis de una situación imprevista, que escapa al cálculo, de ninguna manera está ausente. Frente al anuncio de la fe los jóvenes suelen detenerse por temor a que se trate de una experiencia débil, que podría desenmascarse en el presente, o que de todos modos los lleve a confiarse ingenuamente en un futuro que de ninguna manera es prometedor.

En consecuencia, la dimensión de futuro cataliza la mayor parte del temor de los jóvenes de hoy que aparentemente son muy seguros, pero que en realidad, en cuanto a las experiencias más significativas, se muestran frágiles. De modo particular, algunas experiencias de su presente parecen legitimar alguna sospecha o por lo menos algunas dificultades.

Pensemos, por ejemplo, en cómo viven la verdad y la duración de las relaciones afectivas, la elección del estado de vida y su posibilidad real, la convivencia con gente que comenzó con entusiasmo y que ahora anuncia su desilusión, la gratificación del presente en relación con la credibilidad de las promesas.

Predisponer a la fe también significa ayudar a interpretar y superar estos temores. Es necesario hacer comprender las motivaciones que da nuestra época para este estado de ánimo; es necesario volver a exponer las posibilidades reales de la libertad humana, que tiene en sí misma el secreto para construir un futuro humanizante. Hay que tratar de favorecer nuevas experiencias de fraternidad real, en la comunicación de la vivacidad positiva. De este modo el testimonio de los creyentes será precioso para mostrar los frutos de una experiencia que se abandona a la extraordinaria fidelidad de Dios y a la fecundidad de la Pascua de Cristo.

### **Verdaderos educadores**

Generalmente un joven es introducido por alguien a la experiencia de la fe. La figura de la persona que lo introduce es muy importante, incluso suele ser decisiva para lograr que el joven dé sus primeros pasos. En la experiencia madura en la fe de todo cristiano siempre hay una persona que lo ha introducido y le ha hecho conocer, con un lenguaje rico de atenciones y de

verdad, el camino que debe recorrer. «Los jóvenes -dice el Santo Padre- tienen necesidad de un guía, y quieren tenerlo muy cerca. Si recurren a personas con autoridad, lo hacen porque las suponen ricas de calor humano y capaces de andar con ellos por los caminos que están siguiendo».

Cuando un joven se encuentra con un educador sensible que le demuestra su interés, se dispone cordialmente a su tutela. En los jóvenes la experiencia de la fe suele decaer porque no encuentran verdaderos educadores. Las numerosas actividades en las que uno se compromete, la imposibilidad de dedicar tiempo y gestos concretos de atención personal, la dificultad en la elaboración de itinerarios de oración, la necesidad de presentar líneas de dirección espiritual con respecto a cada uno de los individuos, las dificultades para dedicar energías para favorecer profundamente la confianza, la estima y las propuestas radicales, no facilitan la tarea de introducir en la fe.

El momento de la introducción se establece en la conciencia juvenil como experiencia fundamental de sentirse amados, y se califica como una dimensión fuente de muchas potencialidades escondidas, principio unificante de los propios buenos deseos, lugar precioso en torno al cual comprender la propia identidad descompuesta durante la adolescencia. La persona, o la comunidad que introduce, tiene una relevancia insustituible. Se necesita siempre aquel que dice, fijando la mirada en Jesús que pasa: «He ahí el Cordero de Dios» (*Jn* 1, 36).

El resultado positivo de esta introducción es el redescubrimiento vivificante de la misericordia. El joven aprende a reconciliarse consigo mismo; con sus propias contradicciones, se abre a la confianza y a la verdad; ya no se siente obligado a esconderse, sino que se predispone a una nueva voluntad, se vuelve más benévolo, descubre el perdón y se conmueve frente al

estilo de Jesús, amigo de los pecadores. De este encuentro renace una nueva y más madura conciencia cristiana personal y eclesial.

### **Escucha de la palabra**

A partir de la intuición de la misericordia, el segundo momento que debe favorecerse es el del encuentro personal con Jesús, sobre todo a través de la experiencia real de la escucha de la palabra de Dios. Este momento es insustituible y sumamente singular. El joven creyente se da cuenta de que la persona de Jesús no es simplemente un modelo universal, sino que toca algo de su historia personal, es capaz de cambiar sus hábitos y animar sus pensamientos. Jesús se convierte en Jesús para mí. Los evangelios pierden su aparente carácter general: el creyente aprende a tomar de manera muy especial los momentos, los coloquios, las palabras y las invitaciones que muestran un rostro particular de Jesús, siempre presente en las determinaciones sucesivas de la propia libertad. La provocación de la Palabra: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis» (*Jn* 1, 26), conduce al joven, que es educado en la fe, a una decisión personal suya: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mc* 8, 29).

El triunfo de este encuentro personal y consciente es la percepción real de que la fe puede ser vivida sólo en una vocación particular. La aparición en edad juvenil del problema vocacional, en su determinación general y específica, es un signo inconfundible de un verdadero camino de fe. Al contrario, si en una comunidad juvenil cristiana no surge con notable vivacidad la perspectiva vocacional, a través de las diferentes reflexiones, propuestas y experiencias, significa que todavía es demasiado débil para suscitar la fe y no logra implicar aquellos lenguajes de la libertad, de la inteligencia y del corazón que convergen en la determinación de las elecciones fundamentales de la vida.

### «Niéguese a sí mismo»

Después de la primera aceptación de la fe y una primera intuición vocacional se produce otro pasaje decisivo. Podríamos decir que se realiza una segunda conversión: es el momento en que el joven comprende, no sólo con el pensamiento sino más concretamente con los hábitos generales de la vida, por primera vez, el misterio de la cruz: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (*Mc* 8, 34).

Este pasaje, decisivo e iluminante, transforma visiblemente la vida de un muchacho y el rostro de una comunidad. Toda retórica eclesial parece deshacerse y dejar lugar a gestos insospechados de caridad. El educador tratará de hacer recorrer este pasaje. El sacrificio que se pide se expresará en muchos signos; pero, ante todo, se advertirá una lenta y progresiva separación de la mentalidad dominante profundamente imbuida por el principio del placer y del culto de la imagen. El joven sabrá tomar, gracias a la fe, una distancia crítica de lo que podríamos llamar el espíritu del tiempo, a favor de una mayor esencialidad de vida, animada por formas más maduras de pobreza, castidad, obediencia, servicio y oración, donde ni siquiera la caridad tiene necesidad de expresarse en formas espectaculares.

«A cualquier parte a la que el Papa vaya -escribe Juan Pablo II- busca a los jóvenes, y en todas partes es buscado por los jóvenes. Aunque, la verdad es que no es a él a quien buscan. A quien buscan es a Cristo, que conoce "lo que hay en el hombre" (*Jn* 2, 25), especialmente en un hombre joven, ¡y sabe dar las verdaderas respuestas a sus preguntas! Y si son respuestas exigentes, los jóvenes no las rehuyen en absoluto; se diría más bien que las esperan».

## Llamado a la misión

El joven, vivificado en este estilo de vida por el Espíritu de Cristo, logra advertir después con una responsabilidad nueva su pertenencia a la Iglesia. Mira a la Iglesia con nueva responsabilidad e increíble reconocimiento, aprende a verla como madre y maestra: vive *desde dentro y a pesar de todo*, su condición eclesial, se descubre implicado a tal punto en la aventura de la fe de sus hermanos, que es capaz de sufrir *con y a causa* de la Iglesia: «Me has seducido, Yahveh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido» (*Jr 20, 7*).

El triunfo de esta nueva conciencia de pertenencia es un renovado impulso misionero. El educador evitará pedir a los jóvenes que realicen simplemente las cosas que hay que hacer, casi como si estuviera más preocupado por hacer funcionar una estructura o garantizar servicios pastorales, sino que tratará de suscitar una espiritualidad, pues las motivaciones interiores y la experiencia espiritual de los jóvenes deben ser alimentadas y cultivadas siempre. La colaboración se convertirá aún más en signo de vivacidad apostólica, y frecuentemente será la condición dentro de la cual un joven pide a su educador que lo ayude con valentía a orientarse hacia una vocación de radicalidad evangélica.

El Papa recuerda que en la inauguración del pontificado, el 22 de octubre de 1978, después de la conclusión de la liturgia, dijo a los jóvenes en la plaza de San Pedro: «Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y del mundo. Vosotros sois mi esperanza».

### RENATO BOCCARDO

Ordenado sacerdote en 1977, ha trabajado en las nunciaturas de Bolivia, Camerún y Francia. Ha acompañado al Papa Juan Pablo II en sus viajes a lo largo y ancho de la Iglesia, como miembro de la Oficina de Celebraciones Litúrgicas Pontificias. Desde el año 1992 es responsable de la sección de



